

El 26 de Julio de 1931, cuando el público menos lo esperaba, estalló en Chile una revolución; una revolución de verdad con muertos y heridos, caso insólito en un pueblo razonable que admira más la prudencia que el arrojo, y tiene en mayor estima el sentido práctico de Sancho Panza que las alucinaciones del Quijote.

El día 22 un grupo de estudiantes, olvidando que el rollizo escudero del Hidalgo a fuer de hombre robusto y sin escrúpulos, hubo de dejar más hijos que su escuálido señor, se atrincheró en el recinto de la Universidad.

El 23 se producen algunas manifestaciones callejeras.

El 24 estalla una huelga de profesionales, se combate o, mejor dicho, se saca el cuerpo a las balas en las calles de Santiago; cae herido un joven médico; el Ministro del Interior yergue su cuello de toro y promete ahogar en sangre el movimiento; no le importa que para ello sea preciso "sacrificar a cinco mil"; las fuerzas armadas declaran una vez más que apoyan incondicionalmente al Presidente.

A la mañana siguiente una multitud se reúne en el Cementerio General; se pronuncian discursos revolucionarios en homenaje del caído. Al regresar hay nuevas víctimas. Una de ellas es Alberto Zañartu, profesor. De los demás se ignoran hasta los nombres. Son los soldados desconocidos de la libertad. El pueblo ha permanecido casi indiferente. La revolución tiene un carácter descididamente burgués; pero está en marcha.

El día 26 la avalancha es incontenible. El propio Presidente lo comprende así y deja el poder en manos del Presidente del Senado. La muchedumbre, que va en la tarde al Cementerio a dejar los rhatup <sup>de Alberto</sup> ~~de Alberto~~ Zañartu, vuelve cantando himnos a la libertad y aclamando, como vice presidente, a otro ciudadano que el designado por el dictador.

La revolución ha triunfado. El día 27, al despuntar la primera luz del alba, todos hemos sido revolucionarios y todos triunfadores; pero ¿como? ¿por qué?

El telón ha caído, entre los aplausos de los espectadores. Los ojos que brillaron de entusiasmo o se humedecieron de lágrimas, durante el desarrollo de la escena, con las piruetas trágicas o cómicas de los marionetes, no pararon mientes en los hilos invisibles que movían malamente los muñecos.

Solo la Sección de Seguridad pizpaba un poco de la escenografía.

Terminada la función, los operadores, simples aficionados, han regresado a sus casas, silbando un aire indiferente.

Como yo nada hice, y por casuales circunstancias, me tocó estar tras el telón, bien puedo contar lo que pasó entre bastidores.

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

Si allá por el año 1927 alguien me hubiera predicho que había de verme mezclados en una conspiración, me habría reído en sus narices.

No es que me faltaran deseos pero me daba cuenta exacta de la imposibilidad.

El ejército apoyaba incondicionalmente al coronel Ibañez, a la sazón Ministro de la Guerra de don Emiliano Figueroa; la vieja oligarquía se inclinaba respetuosa ante el oscuro militar y el grueso público aplaudía entusiasmado las fantásticas piruetas - nacionalismo y empréstitos, economía y elevación del presupuesto, paz externa y aumento del ejército, - que los ministros realizaban en su honor.

- Hay que entretener "al indio" - me solía decir Pablo Ramírez - El indio era para él la opinión pública.

El Presidente, don Emiliano Figueroa, como una boya en un mar agitado, permanecía atado a su destino sin poder sobreponerse al temporal. Su espíritu acomodaticio y su simpatía de viejo hombre de mundo, se estrellaban en vano contra la roca del Sr. Ibañez. Cansado y triste, pero sin soltar el puro de la boca, se iba, entonces, a Refaica a jugar rocanbor con los amigos.

Todavía allí, a ciento veinte kilómetros de la Moneda, algunos le aconsejaban que hiciera un acto de valor, echara al Sr. Ibañez y empuñara el mando.

El sonreía con tristeza.

- ¡Me piden gestos heroicos! - exclamaba - Júntenme una muchedumbre frente a la estatua de Portales, y hablaremos. Estoy solo. Nadie me acompaña.

En realidad esa era la situación. Con los dineros fiscales, sabiamente combinados con la amenaza y las deportaciones, se había consumado el "gran cohecho nacional" como decía don Ventura Blanco.

Los ciudadanos más altivos Gumucio, Ladislao Errázuriz, Roberto y Francisco Huneeus, habían conocido ya, a raíz del 23 de Enero de 1925, el camino de la cárcel o el destierro. Los Tribunales de Justicia, con una sola excepción, la del Ministro D. Horacio Hevia, habían aceptado el decreto ley que les subía el sueldo, y con él, los demás decretos leyes. La prensa, después de una temporada de censura, de varias relegaciones, de la clausura del Diario Ilustrado y de infinitas amenazas y presiones de todo todo orden, vejetaba en un estado de perpetuo sobresalto. El Parlamento no se consideraba más seguro.

Los pocos descontentos que tenían la imprudencia de decirlo, vivían de milagro amparados en su insignificancia o en la amistad de algun ministro.

¿Como intentar una revolución?

No había armas, ni dinero, ni hombres.

Diógenes el Cínico, con su linterna, su cachaza y su olfato de sabuezo, habría perdido la paciencia sin hallarlo.

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

Los escasísimos varones de verdad que quedaban aún en el país se contaban en los dedos de la mano y habían pasado de la edad canónica.

Sobrevivientes de una época romántica que guardaban en naftalina el kepi agujereado por las balas y pendiente de la pared del "hall" el sable con que pelearon por la libertad en Concón y la Placilla, no se resignaban a inclinar ahora la cabeza calva ante un coronelito sin años de servicio ni acciones de guerra que era un muchacho para ellos.

Entre partida y partida de ajedrez los hombres del 91 cambiaban ideas y esbozaban planes revolucionarios.

El General en retiro /don Juan de Dios Vial Guzmán llevaba el panderero.

Desde la casa que yo ocupaba ,entonces, en la Avenida España y separado solo por un patio, podía ver el nido en que se incubaba aquella revolución de veteranos tan entusiasta como irrealizable.

A veces el general tomaba asiento junto a la ventana y permanecía largas horas con un libro clásico sobre las rodillas. Horacio y Virgilio le distraían de las amargas realidades del presente.

Correspondía esa pasividad a los días de desilusión y abatimiento. Ibañez había sido su ayudante, mientras él fué comandante en Cazadores. Le llamaba "mi teniente" y, como su recuerdo iba unido a una época ya lejana de su vida, le profesaba una especie de afecto paternal. Según él, Ibañez era una víctima de sus ministros: un pobre hombre a quien todos engañaban.

Pero cada atropello a la Constitución le sacaba de tino.

Entonces se veía al general pasearse de un lado a otro con una energía que desmentía su débil naturaleza y sus setenta y cuatro años de edad. En su rostro enjuto, de nariz aguileña y barba en punta, los ojos, sombreados por espesas cejas, tenían esa luz apasionada que el Greco supo imprimir a sus hidalgos en el "Entierro del Conde de Orgaz" .

También él creía asistir al entierro del país y presidía el duelo con la misma fé mística en la resurrección que los engolados y ascéticos caballeros de Teocópolis; pero sus acompañantes eran menos que los pintados en el cuadro. Algunos viejos políticos y unos cuantos militares retirados.

Con la debida parsimonia, para no alarmar a los agentes de investigaciones que vigilaban el sector, llegaban a la casa Don Joaquín Walker, Don Gonzalo Bulnes, Don Javier Figueroa y Roberto Hueneus.

Con más asiduidad pero con las mismas precauciones, solían ir los generales Lara, de la Guarda, Vial Manterola, Monreal y otros militares jubilados.

De cuando en cuando el General Vial Guzmán caía preso con toda o parte de sus huestes.

Entonces, en razón de mi parentesco con él, el allanamiento se extendía hasta mi casa.

Los agentes revisaban los papeles acumulados al azar en el escritorio; me amenazaban con llevarme preso por haber retirado documentos - no se explicaban de otro modo mi desorden - y se cambiaban miradas de extrañeza ante los títulos de los legajos: "Un diablo altruista". "¿Por qué Adán se comió la manzana?"

Fracajada la intentona, el general volvía a sumergirse en la lectura de sus clásicos.

Como venía dedicándose a estas actividades desde hacía varios años y había conspirado en otras ocasiones con el Intendente Salas y varios de los ministros, la cosa no pasaba de una detención o de una orden de abandonar el territorio.

Dos veces había tenido que salir de Chile en esas condiciones.

Una de ellas al ir al Ministerio de la Guerra para ciertos detalles de su viaje, le preguntó un oficial si no quería pasar a despedirse del Ministro Ibañez.

- No señor, porque soy más antiguo, y como militar me vería obligado a mandarlo al cuartel por indisciplinado.

Era un conspirador inpenitente, y en aquellos días, a juzgar por el abandono en que yacían los poetas latinos, el general debía estar preparando un complot de los más gordos.

---